

A medio siglo del *Salón 70*

Probablemente uno de los mayores eventos y transformaciones visuales que haya experimentado desde su fundación la sede de arte cubano del Museo Nacional de Bellas Artes, otrora Palacio de Bellas Artes, es la celebración del *Salón 70*. Ya antes del triunfo revolucionario, el Museo era la institución encargada de organizar los *Salones Nacionales de Pintura y Escultura*, por lo cual no sorprende que se convirtiera también en la sede de este emblemático acontecimiento. La dinámica de los salones nacionales es transformada a partir de 1959 y con el triunfo revolucionario estos pierden su carácter anual. Sin embargo, comienzan a exhibir otras manifestaciones artísticas tales como el grabado y, por otra parte, son dedicados a importantes figuras como Carlos Enríquez, Víctor Manuel, entre otros. Una de las principales motivaciones de este tipo muestras fue su funcionamiento a manera de balance de la producción artística de la etapa. Heredero de este último precepto y bajo la organización del Consejo Nacional de Cultura (CNC), se realiza en julio de





1970 el *Salón 70*: una muestra dedicada al arte producido durante la primera década revolucionaria y que cuya concepción heterodoxa constituye uno de sus mayores aciertos.

Bajo la tutela museográfica de Fernando O'Reilly y la colaboración de César Mazzola y Aldo Menéndez, los espacios interiores y exteriores del Museo fueron transformados para acoger esta titánica muestra. Uno de los elementos más sig-

nificativos fue la atrevida transformación de los espacios que comenzaba desde el patio con esculturas y algunos elementos tridimensionales, mientras la pintura, el dibujo, el grabado y la fotografía compartían salas organizadas de modo sucesivo, para evitar el posible agotamiento visual, en las zonas habituales de exhibición del Museo. La gráfica, que ocupó tanto áreas internas como la zona de la rampa, contribuyó muy vitalmente en la armónica composición museográfica que alcanzó este evento. Fernando O'Reilly comenta que:

Este trabajo yo me lo he planteado como una necesidad de establecer un diálogo, un vínculo entre la obra de arte y un supuesto público. Se ha prolongado el exterior en el interior. El elemento formal que surge en el exterior es soportado por las obras que se exponen en el interior. A lo gráfico le hemos dado importancia especial porque es una de las cosas que ha dialogado ya con la gente en las calles, las carreteras.¹

Aun cuando el salón no fue concebido bajo un tema curatorial específico, más allá de ser un espacio de pluralidad para los creadores y de dinámica participación de los espectadores, contó con una selección rigurosa de los trabajos. Según rememora otra de sus organizadoras, Margarita Ruiz, se re-

¹ Fernando O'Reilly. Citado por Félix Contreras; "Cultura en tres tiempos", en *Cuba Internacional*, octubre de 1970, p. 65.



El circo, 1967. Ever Fonseca

cibieron miles de propuestas de todos los rincones del país. El total final en exposición fue de 267 en la sección de pintura, 68 grabados, 217 dibujos, esculturas 55 y dibujo humorístico 56. De igual forma, participaron creadores de varias generaciones de artistas, junto a figuras como Servando Cabrera Moreno y Raúl Martínez estaban jóvenes, como Manuel Mendive, Raúl Santos Serpa, Isavel Gimeno, Manuel López Oliva, Ever Fonseca, por solo mencionar una ínfima parte de los nombres. De la conjugación de lenguajes visuales de artistas consagrados junto a los jóvenes de la época surge una simbiosis testimonial en la cual puede advertirse claramente algunas de las principales transformaciones socioeconómicas y culturales del país.

Tal ha sido la relevancia de algunas de las obras exhibidas durante esta megaexposición que algunas piezas, como por ejemplo *Endoko* (1970) y *El circo* (1968), forman parte imprescindibles de los imaginarios de artistas como Manuel Mendive y Ever Fonseca, respectivamente. Incluso, las salas permanentes dedicadas al arte cubano de las décadas de sesenta y setenta todavía tienen ecos de este certamen. Baste encontrarse con la grandilocuencia erótica de los cuerpos entrelazados de Servando Cabrera Moreno en *Homenaje a la soledad* (1970) y la estridencia pop en la amalgama de figuras comunes y héroes revolucionarios de Raúl Martínez en *Isla 70* (1970). Más adelante en las salas cubanas podemos encontrar los sinuosos y



Homenaje a la soledad, 1970. Servando Cabrera

coloridos trazos de *Tripulantes II* (1970) de Waldo Luis Rodríguez, junta a las configuraciones abstracto-imaginarias de Mario Gallardo y Raúl Santos Serpa.

A medio siglo de la celebración de un macro evento expositivo como el *Salón 70* continúa siendo una referencia dentro del panorama de las artes visuales cubanas. El proyecto museográfico, junto a la selección de trabajos, la diversidad expresiva de las obras, así como la coexistencia generacional de los creadores marcaron una pausa inalterable en nuestra historiografía. El *Salón 70* preconfiguraba, sin dudas, las bases para el progresivo ensanchamiento en las concepciones de los eventos de arte en Cuba.

Laura Arañó
La Habana, julio 2020



Isla 70, 1970. Raúl Martínez